

San Ignacio y los Ejercicios

San Ignacio de Loyola no aparece entre los demás hombres, aislado y excepcional, como caído de otro planeta, sin influencias de su raza, de su educación, y de la corriente espiritual y ascética de su tiempo. Como vasco, nos trae de su raza en lo más hondo de su carácter, gran fuerza de concentración reflexiva, ordenada instintivamente a la acción, y por lo mismo utilitarista en el aprecio de las cosas, pero en el más noble sentido de la palabra, y proverbial firmeza de voluntad, constante y resuelta adhesión a los ideales y a los propósitos, una vez abrazados, llevándolos de frente con lógica de hierro hasta la última consecuencia. De su educación junto al Contador de los Reyes, en Arévalo, su concepción caballeresca de las relaciones entre súbdito y Señor, mucho más estrechas, y con diferencia notable, en Castilla que en Guipúzcoa, y su fidelidad y magnanimidad raras, en todo y para todos, pero en particular para con su Rey. De sus días de soldado, su tendencia a la organización y a la unidad concéntrica, fuerte como de una pieza, y su arte sencillo y eficaz hasta lo inconcebible en el uso y disposición de los medios, que cuanto más se examina, más se impone por su genial estrategia. Y como dotes naturales muy suyas, entre otras que le recomendaban mucho, el desprecio heroico del dolor y de la hacienda, la serenidad y el arrojo en los peligros, la ambición insaciable de fama y gloria, que tiene su raíz, su resorte impulsivo, en un gran amor, —notémoslo bien porque lo merece no poco—, en un gran amor, aunque olvidan este detalle casi todos sus historiadores o, por lo menos, no le dan en el aspecto que consideramos toda la importancia que tiene.

Y todo esto pasa a su librito, aunque depurado al cambiar de objeto y sobrenaturalizarse, y le imprime su sello. Y como eso, pasan también, no tanto por copia, cuanto por vías de asimilación, sus lecturas del *Flos sanctorum*, del *Vita Christi*, del «*Gersoncito*», y, si tal vez anduvo en sus manos, del «*Ejercitatorio*»..... ni más ni menos que lo que aprendía de sus confesores o amigos en sus pláticas espi-

rituales, y hacía suyo por la meditación, como inculca muy bien el P. Codina que es entre todos los modernos quien estudia esta cuestión más a fondo y más detenidamente (1). En este punto parece verdad lo que escribe el P. Brou en la pág. XXVII de su estudio «*Saint Ignace, maitre d'oraison*» (París 1925): «Et l'œuvre d'Ignace point d'arrivée d'un mouvement qui a son origine au cœur du moyen-âge, est aussi le point de départ de celui qui s'est prolongé jusqu'à nos jours».

Pero como nada de esto, ni todo ello junto, explica en modo alguno los «Ejercicios» de San Ignacio, es generalísima entre todos los historiadores y críticos, la opinión que proclama como algo indiscutible, su grande originalidad. Claro que ésta crece a nuestros ojos, a medida que se ahonda en su verdadera mente, no tan fácil de penetrar aun para los sabios, cuando los analizan sólo desde fuera, sin experimentarlos en sí mismos y precisamente en las condiciones que exige San Ignacio. ¿Cómo reducirlos sino a un «*Methodus convertendi*», a un «*Bekehrungsverfahren*», expresión tan inexacta de su cabal sentido, como lo hace H. Boehmer? (2). Porque los «Ejercicios» de San Ignacio, no son en modo alguno un tratadito de la perfección, en que se expone su doctrina desde el ínfimo grado hasta el grado supremo, todo lo prácticamente y en acción viva que se quiera. Contiene el libro, es verdad, documentos en que se quintaesencia la perfección en fórmulas muy breves, muy claras, muy precisas, muy universales, muy fecundas, y de continua y obvia aplicación; pero no es por lo que en sí valen por lo que entran en el libro, sino porque son medios necesarios, insustituibles para lograr su fin. ¿Y qué fin se proponen los Ejercicios?

Su centro ordenador, el punto, subordinados al cual se organizan todos ellos, es propiamente la elección de estado. Así opinan se puede decir que todos los comentadores. Pero concretando un poco más aún nos expresaríamos tal vez mejor, repitiendo estas palabras que trae el R. P. W. Sierp, S. I. en su tercera nota a su discurso «*Die Exerzitien als Schule der Vollkommenheit*»: «De la estructura de los Ejercicios, y de las indicaciones del Santo y de sus contemporáneos (principalmente las de los Directorios), se deduce

(1) A. Codina: «Los orígenes de los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola». (Barcelona MCMXXVI, Pág. 153). Véanse también los varios artículos en que ha tratado esta materia el P. P. Leturia, en la revista «Manresa».

(2) «Loyola und die deutsche Mystik». Leipzig. Bei B. G. Teubner, 1921, p. 34.

claro que el fin propio de los Ejercicios de mes (aunque no el único que se ha de pretender siempre), es despertar la vocación de Dios a la vida de perfección en el espíritu de los consejos evangélicos, o a una forma de vida («Institutum vitae») como la que se propone en los dos ejercicios del «Reino de Cristo» y de las «Dos banderas».

Por eso, cuando hace todavía algunos meses juzgábamos en la revista *Euskalerrriaren-alde* (n. 316, pp. 132-133) de San Sebastián lo que sobre el caso escribe Rene Fülöp-Miller en su «*Macht una Geheimnis der Jesuiten*», insistíamos en que los ejercicios del *Rey Temporal* y de las Dos banderas, son el centro a que se ordenan todos los otros, el objeto capitalísimo sobre que debe primeramente versar la elección.

«Cuanto a ésta precede, se endereza a ilustrar el entendimiento y a disponer del modo más apto la voluntad para que conozca y sienta lo que de ella quiere Dios: cuanto se sigue, una vez hecha, se dirige a confirmarla y a asegurarla contra todos los peligros, convirtiéndolo en último término las criaturas en despertadores y estímulos de la caridad. Pero este elemento, que comprende bien hasta cierto punto Fülöp-Miller no es el elemento que esencialmente caracteriza por completo los Ejercicios de San Ignacio. Hay otro, que a pesar de cierta frase que recuerda —«Por fin hemos dado con los maestros de los afectos»— no vemos que acabe de comprenderlo (p. 14). Ese elemento es el «segundo tiempo de elección», «cuando se toma asaz claridad y conocimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones, y por experiencia de discreción de espíritus), que es el método, no exclusivo, pero sí el más apropiado, en la mente de San Ignacio, para el tiempo de los Ejercicios. Sobre estos dos elementos, como sobre ejes cardinales, gira toda la economía, toda la organización del libro de los Ejercicios. Una concepción así es algo tan original y tan nuevo, que excluye toda influencia significativa de las pocas obras ascéticas que pudo manejar, fuera tal vez del «Kempis», hasta que la encontró en su alma y la trasladó a su libro San Ignacio. Y este claro conocimiento de los distintos espíritus y sus contrarios intentos, y esta clara comprensión de la quintaesencia del Evangelio, existen ya desde Manresa; ni se han modificado ni se han añadido luego. Y esto es, entre otras cosas, lo que San Ignacio atribuía inmediatamente a Dios, viendo tan claro en sólo Dios su origen, «que si dudase en esto, pensaría ofender a su divina majestad». (*Monumenta Ignatiana*, ser. 4, tom. I, p. 53; cf. *ibid.* p. 103, lo que dice el P. Láinez al caso).»

Léanse despacio la anotación 17, sobre el informarse de «las varias agitaciones y pensamientos que los varios espíritus le traen» al ejercitante, pero «no queriendo pedir ni saber los propios pensamientos ni pecados», y las breves líneas: «Presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber, uno propio mío, el cual sale de mi mera libertad y querer, y otros dos que vienen de fuera, el uno que viene del buen espíritu y el otro del malo», con que empieza el «Examen general»; considérense a su luz las «Reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en la ánima. se causan»... y su estrechísima relación con el segundo de los «Tres tiempos para hacer buena y sana elección en cada uno de ellos», y toda la anotación 15 en la que se manda al que da los Ejercicios que se abstenga de «mover» al que los recibe a ningún género de vida y «no se decante ni se incline a la una parte ni a la otra; mas estando en medio como un peso, deje inmediate obrar al Criador con la criatura, y a la criatura con su Criador y Señor», y la cuarta de ías «Adiciones para mejor hacer los Ejercicios y para mejor hallar lo que desea», en la que insiste una y otra vez en que «en el punto en el cual hallare lo que quiero, ahí me reposaré, sin tener ansia de pasar adelante hasta que me satisfaga»; y el puro mecanismo que tan superficialmente atribuyen algunos, por no penetrarlos ni entenderlos, al libro de los Ejercicios, cae por tierra y desaparece. San Ignacio era un gran maestro de la vida espiritual, y sabía que en la oración todo es regalo de Dios, pero no sin que por lo común exija su cooperación al hombre, y sabiamente da en su táctica al hombre lo que es del hombre y a Dios lo que es de Dios. Del hombre procura obtener que ponga en juego todos sus recursos para apartar de sí todo ruido, toda sombra, todo peso de criaturas, y hecha la luz meridiana y el silencio absoluto, y el equilibrio perfecto en el alma, y puesta sola en comunicación inmediata con Dios, oiga, vea y sienta claramente lo que Dios quiera de ella.

Al concebir la más alta perfección en el apostolado militante no hizo San Ignacio otra cosa que reproducir fielmente para sí y para sus discípulos la «forma de vida», el «institutum vitae», que seguían los de Jesucristo N. S. y a su ejemplo, como aparece en los Evangelios. En sus meditaciones clásicas no son una mera ilustración los ejércitos y las banderas: lo que a primera vista puede parecer una alegoría es la realidad misma. Pero esta entrega total a la acción, a la lucha por Cristo y a las órdenes de Cristo, no se divorcia un instante de la oración, sino que se funde íntimamente en un ser

con ella, constituyendo lo que el P. Nadal designa, al declararla, con el nombre de «vida activa superior» (M. H. S. I. Nadal IV, p. 679), de que era modelo San Ignacio, «*simul in actione contemplativus*» (ibid. p. 651), y como él, no pocos de los que él ejercitó, acaso —es de creer— no en un grado tan perfecto, aunque fuese éste en ocasiones tan alto como el que vemos en un B. Fabro y en un San Francisco Javier.

Y este fruto más o menos inmediato de los Ejercicios lo propone el P. Nadal como algo casi ordinario, como algo mucho más corriente de lo que algunos pudieran imaginarse, por lo menos para los que viven en la Compañía (ibid. p. 652). Pero adviértase que los Ejercicios no son propiamente las acomodaciones más atenuadas, —tres, cinco o aun ocho días de retiro—, que salvo contadísimas excepciones se usan y conocen por todos, que no van, —es cierto—, contra la mente, de su autor quien también las quiso, pero que tampoco realizan ni muy de lejos lo que él aspira a realizar con su perfecta y propísima concepción. Por eso no quería que se dieran sino a «pocos, y tales, que de su aprovechamiento se espere notable fruto a gloria de Dios». (*Const. Soc. Iesu*, cap. 4, n. 8, decl. F.)

Porque los tenía en tanto, —él que no usaba apenas de superlativos por huir la exageración, y no sólo no caía en vanidad pero ni experimentaba tentación de ella—, que en carta a su antiguo confesor en París Don Manuel Miona, después Jesuíta, llega a encarcerarlos con estas palabras: «Dos y tres y otras cuantas veces puedo, os pido por servicio de Dios N. S. lo que hasta aquí os tengo dicho (*que se ponga por un mes en Ejercicios*;) porque a la postre no nos diga su Divina Majestad por qué no os lo pido con todas mis fuerzas, siendo todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo, como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos». (M. H. S. I. Ignatiana, series I, vol. I, p. 113). Lo cual no nos causará pasmo si relacionamos esta convicción con lo que dijimos antes. sobre el origen de los Ejercicios, porque parece indudable que se relaciona con él. Y no olvidemos además, que en ellos, en el del *Reino de Cristo* y en el de las *Dos banderas*, se contiene la norma de vida, el «*institutum vitae*» que constituye su ideal supremo de perfección, —el heroísmo de la santidad, el de aquel grupo de los «nobles caballeros de Cristo», que teniéndole a El, pero de una manera real e inmediata, por Jefe y por Cabeza, viven como El vive, y luchan por El a sus órdenes, en los puestos más difíciles y de mayor abne-

gación y peligro, con las armas y en el estado de «suma pobreza espiritual», y de «deshonras, humillaciones y desprecios del mundo», (1) germen que sin atrofiarse en uno sólo de sus elementos esenciales, se desarrolla plenamente y cristaliza por fin en Roma, en la más grande de las obras de San Ignacio, en la «Mínima Compañía de Jesús». Porque la Compañía de Jesús es el fruto más precioso de los Ejercicios, la más lógica y la más feliz de sus consecuencias.

José María de ESTEFANIA, S. J.

Loyola, Febrero de 1931.

(1) Conf. el texto del P. Nadal en la p. 64, 2 del interesante folleto «*Nuevos datos sobre San Ignacio*» (Bilbao 1925) por el P. Leturia S. I.; además M. H. S. I. Nadal IV, p. 649, 650; y P. La Palma, «*Camino Espiritual*» Barcelona 1887) Parte I, tomo II, lib. IV, cap. II, p. 394-96.